

Concurso Literario «Ciudad de Alfaro» 2025

Primer premio en la categoría de relato corto

El carpintero y el arquitecto

Autor: Francisco Cristóbal Ayudarte Granados

La comodidad del asiento era casi una provocación, un lujo que su estado de ánimo le impedía disfrutar. El AVE se deslizaba hacia el sur con un murmullo casi imperceptible, una proeza de la ingeniería que en otras circunstancias habría admirado, tan estable que el vaso de agua sobre la mesita apenas vibraba. Hoy, sin embargo, cada kilómetro de avance suave era un recordatorio de la conversación telefónica con su hermano dos días atrás. La voz de Leo, siempre más terrenal, más pegada al asfalto de su taxi en Valencia, había sonado cansada.

«Esteban, no son solo olvidos. El médico ha puesto un nombre sobre la mesa. Es un principio de... ya sabes».

Alzheimer. La palabra flotaba en el aire climatizado del vagón, un vocablo con más peso y aristas que cualquier estructura que él hubiera diseñado jamás. Y por eso estaba allí, viajando a contracorriente de su propia vida, hacia el epicentro del pasado. Hacia su padre.

Antes de salir de casa, su hijo Marco, de ocho años, le había dado un dibujo de un cohete espacial para que le protegiera en su viaje. Ahora lo sentía en el bolsillo de la chaqueta, un pequeño talismán de papel. Abrió el portátil con un gesto automático. El renderizado de un complejo de oficinas en Qatar llenó la pantalla, un mundo de líneas

puras, cristal y acero bajo un sol digital. La arquitectura era su refugio, la armadura que se había forjado durante veinte años. Se sumergió en los ángulos, en los cálculos de resistencia, en la fría y hermosa lógica de su profesión.

Una señora mayor, sentada en la fila de adelante, se giró con una sonrisa tímida, señalando el compartimento superior. «Perdone, joven, ¿sería tan amable...?». Esteban, abstraído, ni siquiera procesó la pregunta. Levantó una mano con un ademán vago y cortante, sin apartar la vista de la pantalla, hasta que la mujer, resignada, pidió ayuda a otro pasajero. Él no registró el suspiro de ella. El único ruido que le importaba era el de su propia cabeza.

En el exterior, la velocidad transformaba el primer plano en una mancha irreconocible, pero Esteban aplicaba su conocida técnica para no marearse: mirar al horizonte. Fijó la vista en las sierras lejanas, azules y nítidas, y el paisaje se desplegó ante él como un mapa sereno. Era precisamente esa paz, esa belleza ordenada de las llanuras manchegas, vastas bajo el sol de junio, lo que empezó a crisparle los nervios. Sabía que, si se dejaba llevar por esa calma, los recuerdos empezarían a filtrarse. Y los recuerdos, ahora, estaban contaminados por esa palabra nueva y terrible. Volvió bruscamente a la pantalla del portátil, a las líneas controlables de su proyecto. Un baluarte de lógica contra la tormenta que se avecinaba.

Durante casi una hora, se sumergió en el trabajo. Modificó la sección de una viga, ajustó la incidencia de la luz sobre una fachada acristalada y respondió a tres correos

electrónicos con una eficiencia cortante. Era su territorio, un ecosistema de problemas y soluciones donde él era el único dios. El Coche en Silencio, por el que había pagado un extra, cumplía su promesa con una pulcritud casi litúrgica. Nadie hablaba. Solo se oía el roce de las páginas de un libro, el tecleo amortiguado de otro viajero y, de fondo, ese zumbido hipnótico del tren devorando kilómetros.

Fue una necesidad tan mundana como la sed la que rompió el hechizo. Se estiró, sintiendo cómo los músculos de la espalda protestaban, y cerró el portátil. La ausencia de ruido, ahora sin el amparo del trabajo, se volvió más densa. Fue entonces cuando reparó en el asiento contiguo. En la pulcra tapicería gris, había un pequeño objeto blanco, una anomalía. Una servilleta de papel, doblada sobre sí misma. Basura olvidada por el pasajero anterior, seguramente. El personal de limpieza ya la retiraría en Atocha, pero su presencia allí, en su campo de visión, era una diminuta mota de desorden. Una imperfección.

Estuvo a punto de ignorarla, pero su ojo, entrenado para detectar el error en la simetría, se fijó en una mancha oscura que traspasaba el papel. Tinta. Una línea negra, irregular pero intencionada. La curiosidad, una emoción que raramente se permitía, le picó en la nuca. Era absurdo, un trozo de papel sucio. Pero el trazo le llamaba. Con el gesto rápido de quien comete una pequeña transgresión, alargó la mano y la cogió. El papel era fino, casi traslúcido, y olía débilmente a café de bar. La desdobló con un cuidado que le sorprendió a sí mismo, como si manejara un documento frágil.

Dentro, la línea que había entrevisto se revelaba como parte de algo más. Era un croquis a tinta negra de una vivienda mínima, trazado con una velocidad y una seguridad que le eran dolorosamente familiares. Su ojo de arquitecto lo descompuso todo en un instante: no era un dibujo aficionado. Quienquiera que lo hubiera hecho, entendía de espacio. La perspectiva era intuitiva pero precisa, la distribución de los pesos en la estructura resultaba lógica, y había tal honestidad en sus líneas que la servilleta parecía un soporte indigno, casi un insulto a la pureza de la idea. Un porche, un único espacio diáfano con chimenea y un ventanal inmenso que se abría a un paisaje sugerido con pocas líneas onduladas. Era una pieza de arquitectura sincera, una declaración de intenciones. Un lugar diseñado no para impresionar, sino para vivir.

Y debajo, con la misma caligrafía rápida y angulosa, la frase: «Donde no llegue el ruido».

Ruido. El aire del vagón pareció enrarecerse. Su padre, el carpintero, siempre rodeado de ruido: el de la sierra, los martillazos, los portazos, sus críticas, el sonido de una botella al caer, sus silencios ruidosos que ocupaban toda la casa. Pero ahora, con el espectro del alzhéimer, el deseo de un lugar sin estruendo adquiriría un eco siniestro. ¿Era el anhelo de un hombre que ansiaba la paz o la premonición de un silencio mucho más terrible? El boceto en su mano no era de su padre, era imposible, pero la frase... la frase era un diapasón que había golpeado la nota exacta de su memoria.

El recuerdo le asaltó. Anoche mismo, él había estado sentado en el suelo con su hijo. Marco le había enseñado su cohete, un amasijo de colores. «Mira, papá, y esta es la ventana para ver los planetas», le había dicho con orgullo. Esteban lo había abrazado, diciéndole que era el mejor cohete de la galaxia.

El paisaje azul de las sierras se disolvió. De repente, ya no estaba en un AVE a trescientos kilómetros por hora. Tenía ocho años y el suelo de su habitación estaba cubierto de hojas de cuaderno. En ellas, con lápices de colores, había dibujado su propia casa soñada: una fortaleza con torreones y puente levadizo. La había esbozado con el esmero y la fe absoluta de la infancia. Su madre, sentada en la cama, miraba los dibujos con una sonrisa que iluminaba la tarde. «Pero qué maravilla, Esteban», decía ella, su voz era el único material con el que se construían los refugios en esa casa. «Aquí dentro no puede entrar nada malo, ¿a que no?».

Fue entonces cuando su padre entró sin llamar, con ese olor agrio que siempre le acompañaba por las tardes. Su madre le dedicó una mirada rápida, una súplica silenciosa que él ignoró. Se quedó mirando los dibujos esparcidos por el suelo, con las manos en los bolsillos, y la sonrisa de su esposa se fue apagando. Esteban contuvo el aliento. Su padre soltó una risa corta, sin alegría, un sonido como de grava removida. «Casitas», dijo, con un desdén que aplastaba. Miró a su mujer, desafiante, antes de volver a posar los ojos en él. «Un hombre de verdad levanta edificios, hijo, rascacielos. No pierde el tiempo con casitas de pájaros».

Se fue como había llegado, dejando tras de sí un silencio denso. Esteban miró sus dibujos, ahora despojados de magia, convertidos en garabatos inútiles. Su madre solo alargó una mano y le acarició el pelo. Un gesto que lo decía todo: estoy aquí, pero no puedo protegerte de él. El primer ladrillo de un muro invisible, la armadura que tardaría décadas en erigir a su alrededor, se acababa de colocar.

Y ahora, en el tren, sintió por primera vez el peso de ese muro, no solo sobre él, sino sobre la familia que él mismo había creado. El anuncio del personal de cabina lo devolvió al presente con la brusquedad de un aterrizaje forzoso. La servilleta seguía en su mano, un trozo de papel que ahora parecía pesar una tonelada. Dobló el boceto con cuidado, como si quisiera protegerlo del recuerdo que acababa de profanarlo, y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Un secreto junto al corazón. Intentó volver a la lógica de la arquitectura, pero el mecanismo se había atascado. La armadura tenía una grieta.

Ahora, la comodidad del tren, su eficiencia, ya no le parecían una provocación, sino una fragilidad. Un caparazón fino que en cualquier momento podía romperse. Las llanuras ocre de La Mancha daban paso a las primeras estribaciones de Sierra Morena. La tierra se arrugaba, volviéndose más hosca y dramática, y el convoy comenzaba a enfilear viaductos que salvaban valles profundos con una elegancia que a Esteban le pareció casi arrogante, sumergiéndose en túneles que devoraban la luz. Era un triunfo de la planificación sobre un terreno imposible. Un triunfo como los suyos. La visión de la tierra salvaje le abrió la puerta a otro verano.

El último en que las cosas, a pesar de todo, aún parecían recuperables.

Tenía diecinueve años, y su madre, aunque ya estaba enferma, todavía se sentaba a la sombra de una encina. Su padre, en un desesperado arranque de optimismo, había decidido construir la casa familiar con sus propias manos. «Para tu madre», decía, «un lugar donde respire aire puro». Había comprado un terreno en las afueras, un pedazo de monte que nadie quería. «Verás», le decía a Esteban, con los ojos brillantes de fiebre, «aquí levantaremos algo grande, algo que dure». Pero todos sabían que no era para ella. Era para él. Un último intento de un carpintero de pueblo de demostrar que podía ser un constructor, un dios; de edificar algo que no estuviera roto.

Leo, su hermano mayor, había venido de Valencia. Esteban recordaba su voz pragmática, discutiendo junto a la hormigonera. «Papá, no puedes seguir echando dinero aquí. Mamá necesita...».

«Tu madre necesita que yo termine lo que empecé», le cortó su padre, con la mandíbula tensa.

Contrataba y despedía obreros, compraba materiales que se acumulaban bajo el sol y dibujaba planos en el capó del coche. Esteban, obligado a ayudar, acarreaba sacos de cemento con el sabor del polvo en la garganta. Y entonces, llegó el punto de inflexión. Un cálculo mal hecho, un proveedor que no fiaba más. El optimismo se agrió. Leo intentó acercarse. «Papá, da igual, lo solucionaremos...». Su padre no le escuchó. «¡Mierda! ¡Todo es una mierda!», gritaba al cielo, a su propia e inabarcable incompetencia.

Agarró la maza que usaba para romper cascotes. Con un alarido de bestia acorralada, la estrelló contra el único pilar bien levantado, el que debía sostener el porche donde su madre se sentaría. El hormigón saltó en pedazos. Leo se llevó las manos a la cabeza. Y Esteban, desde la distancia, solo observó. No sintió miedo, ni tristeza. Sintió cómo se cerraba una compuerta en su interior. Esa era la verdadera arquitectura de su padre: el caos, el impulso y la demolición. Y tomó una decisión silenciosa: su vida sería exactamente lo contrario. Orden. Lógica. Control. Un edificio de líneas puras donde el ruido de un hombre roto jamás pudiera entrar.

El eco de la maza contra el hormigón se desvaneció, pero dejó una vibración tóxica en el aire climatizado del vagón. Esteban se dio cuenta de que tenía los nudillos blancos de apretar el reposabrazos. Se forzó a relajar la mano. Afuera, Sierra Morena seguía su desfile de barrancos, una geología violenta que el tren surcaba con una serenidad insultante.

Una voz aterciopelada y neutra sonó por la megafonía: «Atención, por favor. En breves instantes entraremos en el túnel de El Pertiguero, de una longitud de ocho kilómetros». La luz del día fue cercenada de golpe. Las ventanas se convirtieron en espejos negros que reflejaban el interior del vagón, una cápsula de luz suspendida en la nada. El zumbido del tren se volvió más grave, un rumor contenido que vibraba en el pecho. Y en ese útero de acero y negrura, sin paisaje en el que refugiarse, la memoria del silencio emergió sin ser llamada.

Su madre había muerto hacía seis meses. Esteban tenía veinte años y la casa se había convertido en un museo del dolor, con su padre como único y errante guardián. Se movía por las habitaciones como una sombra, y el único sonido que rompía la quietud era el del televisor o el del hielo entrechocando en un vaso. En ese mausoleo, Esteban había recibido la carta: había ganado la olimpiada nacional de matemáticas. Un pasaporte de pura lógica que le abriría las puertas de la arquitectura, la carrera que había elegido como antídoto contra el caos paterno. Corrió a casa, con la necesidad febril de que, esta vez sí, una victoria tan irrefutable lograra arrancar una reacción favorable.

Lo encontró en el salón, hundido en su sillón de siempre, una copa medio vacía en la mesita. «Papá», dijo, con la voz temblorosa. «Papá, he ganado», insistió. «El primero de toda España». Era más que una noticia; era un intento de rescate, una súplica. Le extendió el sobre como una ofrenda. La prueba de que él no era un fracaso.

Su padre giró la cabeza lentamente. Sus ojos, nublados, se posaron en Esteban un segundo, pero no lo vieron. Vieron a través de él. Luego, sin decir una palabra, volvieron a fijarse en el concurso de la tele. Ese fue el momento. El momento en que Esteban comprendió que su padre también había muerto con su madre. Lo que quedaba era solo un cuerpo. No era una cuestión de no ser suficiente, era una cuestión de no existir. El grito de su padre rompiendo un muro era el de un hombre luchando. Pero ese silencio era el de un hombre que ya se había rendido a sus ruinas. En la oscuridad del túnel, Esteban sintió la misma orfandad

absoluta de entonces. Era el hijo de un fantasma viajando para visitar a un espectro.

La salida del túnel fue una explosión de luz. Un torrente de sol andaluz inundó el vagón, tan brillante que Esteban tuvo que entornar los ojos. El mundo regresó, pero ya no era el mismo, porque él tampoco lo era. Sacó la servilleta. La desdobló de nuevo sobre la mesita, alisando las arrugas. «Donde no llegue el ruido».

De pronto, las piezas encajaron con un chasquido sordo. Los tres recuerdos —el del padre crítico, el colérico y el ausente— orbitaron alrededor de aquel humilde boceto. Y vio a su padre no como el gigante destructor de su infancia, sino como lo que siempre fue: un hombre aterrado, sepultado bajo capas de un orgullo tan frágil como un muro mal construido. Un carpintero que soñó con ser arquitecto.

La crítica a sus dibujos de niño no era maldad, sino el eco del odio hacia su propia falta de talento. La furia contra el pilar no era contra el muro, sino una guerra contra su propia incompetencia, contra esa casa a medio construir que era el monumento a su vida rota. Y el silencio atroz ante el triunfo de su hijo no fue indiferencia; fue el colapso de un viudo que ya no tenía fuerzas ni para celebrar ni para odiar, el reflejo insoportable de ver en su hijo todo lo que él nunca podría ser.

Su padre había pasado la vida generando ruido para no escuchar el estruendo de su propio fracaso. Y ahora, la enfermedad le concedería su deseo de la forma más cruel: un silencio absoluto, el de quien ya no se recuerda a sí

mismo. El arquitecto de ruinas se estaba convirtiendo, por fin, en su propia y última ruina.

Esteban se apoyó en el respaldo, sintiendo cómo una tensión anclada treinta años en sus hombros comenzaba a disolverse. El aire entró en sus pulmones con una facilidad olvidada. Una única verdad, tan clara como el paisaje, se abrió paso: «Su fracaso nunca fue mi culpa».

La frase resonó en su interior como un hecho geológico. Toda su carrera, su éxito obsesivo, habían sido una respuesta a una pregunta equivocada. Había pasado cuarenta años intentando demostrarle su valía a un hombre que era incapaz de verla, no por malicia, sino porque estaba ciego por el estruendo de su propia caída. El resentimiento que lo había impulsado se reveló de pronto como un combustible gastado. Por primera vez sintió una punzada en el pecho que no era rabia, sino una compasión distante, y esta se transformó en una pesadumbre húmeda que tardó un segundo en identificar. Era piedad. Una piedad inmensa y agotadora. Por su padre, por su madre, por el niño que fue. Y entonces, pensó en el cohete de Marco y sintió una ráfaga de amor protector. La piedad por el pasado se convirtió en una resolución por el futuro. La cadena de dolor, toda esa arquitectura edificada sobre los cimientos de un hombre roto, terminaría con él.

El tren inició una suave deceleración. La voz neutra anunció la llegada a Antequera-Santa Ana. Otros viajeros comenzaron a moverse. Esteban se levantó con calma, sin la urgencia que solía gobernar sus actos. Cogió su maletín de diseño, que de repente le pareció el disfraz de un perso-

naje que ya no estaba seguro de querer interpretar. Mientras el tren entraba en la estación, vio los campos de olivos en hileras perfectas, un paisaje de orden y paciencia.

Las puertas se abrieron con un siseo suave. Fue de los últimos en bajar. Pisó el andén y respiró hondo. El aire era cálido y olía a tierra seca. No sentía pánico, ni prisa. Solo una extraña y serena curiosidad. La curiosidad de un arquitecto que va a visitar una vieja ruina y entiende, por fin, cómo fue construida. El tren no lo había arrastrado a una confrontación. Lo había llevado, por fin, a un encuentro. Le había regalado tiempo para empezar a construir la última obra de todas: una despedida en paz.